

CARTA *Arg. 405 d. 29.*

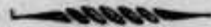
SOBRE LA SITUACION ACTUAL

DE LA

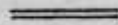
REPUBLICA ARGENTINA,

POR

FELIX FRIAS.



BUENOS AIRES.



IMPRENTA DEL ESTADO.



1852.



INTRODUCCION.

Para encabezar el escrito importante del Señor Frias, que tenemos el gusto de publicar, y que él nos envia, con este objeto, creemos oportuno transcribir aquí los siguientes renglones que nos dirige en esta ocasion. Nuestro amigo es un Patriota de buena fé; dice la verdad á su pais, aun cuando sea dura; la dice, no para humillarlo, sino para encaminarlo al bien. Sus palabras son efecto del amor, no del odio.

Nada mas tenemos que decir, sino que estas páginas deben leerse y meditarse.

L. D.

“Lejos de mí una ciega antipatia contra la juventud de mi pais. Ella es acreedora á toda proteccion y á todo estímulo, pues el porvenir nuestro no será otra cosa que lo que ella lo haga. Pero me considero autorizado y en el deber de darle los consejos de una experiencia, que hemos comprado bien cara, y que yo hubiera agradecido á los que me los hubieran dado diez años antes. Trece años de sufrimientos y de destierro, nos autorizan por cierto, á los antiguos emigrados, para decir cual sea el valor real y no quimérico de los principios por que hemos padecido y que hoy triunfan en nuestro pais.

“La escuela del infortunio es la mas instructiva de todas; yo he asistido á sus lecciones y no quiero olvidarlas. En el año de 1838 ¿cuantos jóvenes apasionados no se creian capaces de ser emperadores? Mucha agua fria ha caido despues sobre esos juveniles ardores, y hoy sabemos que el que es capaz de ejercer el imperio sobre sí mismo no solo adquiere títulos á la estimacion de los demas, sino que está provisto de las aptitudes, que reclama la patria de sus servidores.

“Dios me libre ademas de confundir nunca con esa juventud bulliciosa y altanera, para la que el fuego y la luz son la misma cosa, y que, por que siente con vehemencia, olvida que á los sentimientos apasionados del corazon, acompañan siempre en la mente las ilusiones engañosas, no las convicciones reflexivas de la razon; líbreme Dios, digo, de confundirla con los jóvenes que consagran su tiempo al estudio y al trabajo, que se afanan á la vez por disipar las tinieblas de la intelijencia y calmar las pasiones del alma, que saben que la edad en que viven es la de la preparacion, no la de las pretensiones, que sacan pura é intacta la conciencia de esos combates contra sí propios, y que mas tarde podrán decir de sí que son hombres, y honrarán á la Patria con sus virtudes y una sólida instruccion.”



EL 25 DE MAYO DE 1852.



La imaginacion me trasporta en este dia al seno de la Patria. Rotas sus pesadas cadenas, la veo celebrar hoy con ardiente entusiasmo la reaparicion de ese Sol de Mayo, por tanto tiempo eclipsado. Me parece escuchar, á tres mil leguas de distancia, las palabras de júbilo que salen de todos los labios, los votos generosos por la prosperidad futura del pais, y las maldiciones contra el odioso tirano, que ha venido á expiar en el centro de la civilizacion los crímenes inauditos con que la habia ultrajado.

Por la primera vez, despues de muchos años de fatales discordias, los Argentinos han podido abrazarse hermanos ante el recuerdo de las glorias comunes, y la aspiracion á una dicha igual para todos tambien. El suelo de la Patria está abierto á todos sus hijos. Unidos en la misma fé, en la misma esperanza, en el mismo amor de la tierra en que nacieron, ese Sol que hoy los alumbrá, los verá en adelante felices, y no se disipará como un sueño dorado la aurora de regeneracion, que asoma sobre las aguas del Plata.

¡Afortunados mil veces los que abren el pecho á las ilusiones seductoras del porvenir, sin que ninguna sombra oscurezca á sus ojos el cuadro alumbrado por el Sol de nuestros padres! ¡Afortunados los que pueden borrar de su memoria el doloroso recuerdo de la pasada degradacion, y de los males sin cuento que el



ni sus costumbres han sido purificadas por el Evangelio, que es el verdadero y el único código de la civilización. Ni por un día puede suponerse un tirano en Inglaterra ó en los Estados-Unidos, países en donde reina la civilización cristiana. Y es menester tener el coraje patriótico de conocerlo. El orgullo nos ha sido funesto, nos hemos creído capaces de toda libertad, porque algunos hombres nos lo dijeron ahora cuarenta años; y hoy todavía hay quienes se imaginan que con Rosas ha desaparecido el único obstáculo para entrar en el goce de todos los derechos democráticos y para realizar plenamente las instituciones republicanas.

Rosas, ha dicho el General Urquiza, en un documento que le honra, que le muestra digno de su victoria y que merece ser meditado, Rosas es el hijo de la ignorancia. Esa es una profunda verdad. Si ese tirano no hubiese hallado vicios que explotar en su provecho, si hubiera tenido delante de sí hombres conocedores y defensores de su dignidad personal, si no hubiera contado para subir á la dictadura con los triunfos que conseguía en su favor la anarquía, no habría aparecido entre nosotros. Ha caído, pero la causa que lo produjo subsiste. El Sol de Mayo, que habrá inflamado los corazones de todos los Argentinos, no es un sol privilegiado que pueda disipar con sus rayos las tinieblas de la ignorancia.

Rosas no solo representaba nuestro atraso, sino que lo ha fomentado. El ha realizado el progreso hácia atras; su poder embrutecía, estimulaba los malos instintos, era gran escuela de corrupción, de tal manera que ha debido dejar al país en peor estado que lo encontró. La tiranía no pesa impunemente sobre un pueblo por tanto tiempo. Los hombres se habían habituado al mal, se hacían indiferentes al crimen, y poco celosos de su decoro, no estimaban en lo que valía el decoro de la patria.

Ese momento de transición de la noche al día, de la prisión á la libertad es muy grave, y sin la moderación estamos espuestos á comprometer y á perder los bienes mismos que acabamos de adquirir. Los que hacen una larga travesía faltos de agua, suelen abusar

tanto de ella cuando la encuentran que caen muertos, porque sus órganos no estaban dispuestos á beber tanto. El que ha vivido largos años en una oscura mazmorra pierde la vista si sale repentina y no gradualmente á la luz. El que ha sufrido una larga enfermedad pierde también la salud que recobró, si en vez de marchar lentamente se pone á correr.

Bebamos pues con moderación esas aguas de la libertad, que son harto embriagadoras; marchemos lentamente, no corramos. No clavemos los ojos por mucho tiempo en el Sol de Mayo, que en vez de alumbrarnos nos deslumbrará; tengamos por fin el valor de confesar que padecemos dilatada enfermedad, que nos hallamos en la hora de la convalecencia, y evitemos por Dios las recaídas.

Hemos recobrado las mas esenciales libertades. No tenemos ya que pedir permiso á Rosas para vivir, ni para ser propietarios, ni para vestirnos tampoco. Esa moda de chalecos colorados, que tanto duró en este siglo de mudanzas, ha pasado por ventura. No necesitamos tener una conciencia para Dios y otra para Rosas. Nuestro amo está en los cielos y no en Palermo, y los argentinos no harán en adelante el papel de coristas aduladores de un bandido, al que tenían que estar reconocidos cuando les hacía la gracia de no matarlos. Comparemos lo que fuimos con lo que somos y sabremos lo que perderemos con las recaídas.

Todo lo que hemos ganado podremos conservarlo si resguardamos el orden, todo lo perderemos si nos abandonamos á los excesos de la licencia. "La humanidad, ha dicho un sabio, es como un hombre ebrio á caballo; cuando se le endereza de un lado, cae del otro." Eso puede decirse, con sobrada razón por desgracia, de esa porción de la humanidad que habita la América del Sud. ¡Quiera Dios que los argentinos, que tienen fama de montar diestramente á caballo, sepan mantener el equilibrio conveniente, y que no caigan del lado de la licencia despues de haberse levantado del de la esclavitud!

Y nuestro caballo de batalla debe ser el orden. Esta palabra es por cierto ménos poética que la libertad.

pero los pueblos no se nutren de poesias, sino de prosa. Prosaico es el trabajo constante, el comercio, la agricultura, la navegacion, los ferro-carriles y todos los hábitos honrados de la vida doméstica y de la pública. Es ciertamente mas dramático un patíbulo y una batalla, que la paz sosegada y modesta de un pueblo; pero entiendo que esos dramas son buenos solo para leídos, y desgraciado mil veces el país que ofrece temas semejantes á la ociosa imaginacion del poeta! Ademas tenemos acopiados ya demasiados materiales á ese respecto. Si queremos dar pábulo á nuestros instintos entusiasmados, seamos virtuosos. La virtud es la esencia de la poesia, es la poesia misma. Socorramos la indigencia, vistamos á nuestros gauchos desnudos, levantemos templos en nuestras campañas, llamemos misioneros para convertir á los indigenas, ofrezcamos asilos á la vejez, curemos los enfermos, enseñemos á la infancia, demos de comer al hambriento, llevemos á nuestro suelo desierto al europeo que muere de miseria, y las bendiciones del pueblo se elevarán hasta el cielo, para obtenernos los favores del único que puede hacernos comprender lo que valen los soles de Mayo para los Estados. Esa es la buena poesia, porque es la poesia en accion

En cuanto á esa otra poesia de mal gusto de los que habiendo soportado toda esclavitud, se creen capaces hoy de toda libertad, de los ignorantes que quieren enseñar, de los viciosos que pretenden gobernar en vez de empezar la tarea por si mismos, de los ciegos que quieren guiarnos al abismo, soy su mas decidido adversario, y abrigo la profunda conviccion de que sus ilusiones temerarias pueden sernos fatales.

He dicho antes que hemos conseguido las libertades esenciales; pues bien no las comprometamos por las accesorias: y llamo tales entre nosotros á las libertades políticas. Una libertad política es una libertad por la cual un ciudadano se considera autorizado á influir en los negocios públicos de su país, á tomar parte en el gobierno de la sociedad.

Es evidente que en países como aquellos, cuya mayoría está compuesta de ignorantes, es muy redu-

cida la porcion de los hombres capaces de ejercer esas libertades en el interes del mayor número, y que la mayor parte de los que las invocan lo hacen con miras egoistas y puramente personales.

No es mi opinion que esas libertades sean suprimidas, pero si que sean limitadas, y que sus límites sean fijados por las reglas invariables de la moral y de la justicia, esto es, del orden que es su expresion social.

El General Urquiza, en la proclama del 17 de Marzo, se muestra preocupado, y con razon, de la mas importante de esas libertades, de la libertad de la prensa. En efecto, ella puede ser muy peligrosa, como muy útil, segun las manos que la manejen. Ninguna ley puede permitir en una sociedad organizada y regular el derecho de decirlo todo; desde que vive el hombre en sociedad, respeta ciertos preceptos y ciertas reglas, sin las que la sociedad ve trastornadas las condiciones vitales de su existencia. Un diario es una cátedra, á la que solo debe ser permitido subir al que tiene algo que enseñar á sus compatriotas. Convertirla en tribuna de gentes preocupadas é impuras que derramen su veneno en países harto inclinados á prestar sus oídos á las pasiones indignas y bajas, es consentir que el mal, el error y el vicio, tengan profesores públicos, y maestros de corrupcion que vendan sus doctrinas inmorales y perturbadoras de la paz de las conciencias, como de la paz de las sociedades.

Preguntemonos desde luego: ¿quienes usan entre nosotros de esa libertad, y á quienes aprovecha; ó lo que es lo mismo, quienes son los que escriben y quienes los que leen? Veremos que son bien pocos los que saben escribir cosas dignas de ser leídas, y no muy considerable el número de los que saben leer. Es muy cierto que los escritores invocan á menudo el nombre del pueblo, pero no lo es menos que los ciegos no tienen autorizacion ninguna que dar á los que disputan sobre los colores. Los que no leen son ciegos, la ignorancia es ciega en materias políticas. Esa libertad pues ejercida por los menos, es muy frecuentemente nociva al orden, que es el tesoro de los mas. Hablen

en hora buena los que tienen nutrida su mente con doctrinas sanas y ventajosas, enseñen, prodiguen el bien y aconsejenlo; pero no por eso han de hablar todos en esa cátedra.

Fácil me habría sido prever que esa preciosa libertad dejeneraría pronto en licencia después de la caída de Rosas; y he esperado por lo mismo que el Gobierno tendría la suficiente energía para refrenar inmediatamente sus deplorables abusos. Confío en que se dictarán leyes inspiradas por los excelentes principios contenidos en la proclama á que antes aludo, dado que no sea bastante eficaz la que hoy ha recobrado su vigor. Ya vemos que papeluchos miserables sirven de órgano á los mas innobles rencores, y tratan de sembrar la desunion y la discordia, en los momentos mismos en que mas se necesita estrechar con lazos fraternales á todos los Argentinos. Oradores vulgares, proclamadores de café, se presentan ya á arrojar sobre sus compatriotas los groseros sarcasmos de la injuria y de la calumnia, como si fuera propio de hombres que tienen en sus venas la sangre de Belgrano y San Martín, cebarse en la desgracia de sus hermanos y lanzar sobre ellos los tiros de odiosas venganzas. Los nombres y las cosas mas santas son las flores de la retórica que adornan sus epigramas de mal tono; y esas páginas vergonzosas, que no se tolerarian en una aldea de gentes honradas, empañan ya el crédito de nuestra renaciente libertad, violando no menos las reglas de la gramática, que las del buen sentido y las de la moral pública.

Toca á los gobiernos vigilar constantemente esa libertad de la prensa, reprimir pronto y severamente sus excesos, en obsequio de esa como de las otras libertades políticas, cuyos abusos las dañan y las comprometen, allanando el camino á la represion violenta cuando no se ha empleado oportunamente la legal.

Asi como las Repúblicas de Sud América se emanciparon antes de estar maduras para el ejercicio de instituciones superiores, como son las republicanas, de la misma manera los individuos se lanzan entre nosotros prematuramente á la escena política, y tratan las mas

delicadas y difíciles cuestiones de estado, con la serenidad con que las trataría Berryer, Thiers ó Cormenin. Ellos nada ignoran, lo saben todo; á los quince años la fiebre mental se apodera de esos jóvenes imberbes, y aspiran nada menos que á juzgar y condenar legisladores y ministros, cuando no pretenden serlo ellos mismos. Asi lo vemos en la Nueva Granada, presididos sus clubs perturbadores por insensatos mozuelos, llena de humo la cabeza y de viento el corazón, declamando como desaforados energúmenos en favor de la democracia, de la que no comprenden palabra, y anunciando á la América toda una colosal regeneracion. A los países atravesados por esas grandes cordilleras de los Andes puede bien aplicarse la fábula del parto de los montes; y como son ellas vastas, es crecido el número de los seres ridiculos que dan á luz. Chile ha tenido tambien sus reformadores infantiles, y en todas nuestras repúblicas estamos amenazados por esa turba de malos estudiantes, que prefieren enseñar lo que no saben á aprenderlo.

En el interés de la Patria, en el interés de su quietud, en el interés de su civilizacion, yo mandaría á esos niños, chicos ó grandes á la escuela; yo los alejaría de esa posicion espectable de la prensa, y cerraría en nombre de la ley y de la conveniencia pública unos labios, que no exhalan sino mezquinos sentimientos, y nada útil tienen que enseñar á sus lectores.

La inteligencia de la cosa debe preceder al derecho sobre ella. El que no sabe pensar, que piense con libertad bien ó mal, en hora buena; pero que no pretenda imprimir y publicar las luchas de su espíritu, que lo pondrán en lucha con los intereses mas importantes de la sociedad que no comprende. Nada mas conveniente en una sociedad nueva, sin conciencia ni hábitos verdaderamente religiosos, que los escritores serios y no menos recomendables por la pureza de sus convicciones, que por la de sus miras patrióticas; pero nada mas funesto por otra parte que una prensa manejada por espíritus superficiales, irreflexivos, impetuosos y propagadores de teorías no menos absurdas que corruptoras. En el primer caso, la prensa es

una antorcha que alumbra, en el segundo una tea que quema.

Esos malos periódicos, que han aparecido en Buenos Aires al lado de los periódicos graves, no valen ciertamente el papel que consumen; sin embargo la tinta que derraman basta para anarquizar, mas ó menos tarde, una sociedad tan inflamable como la nuestra, y ya sabemos por la experiencia propia que no hay gran distancia entre nosotros, entre las peleas de pluma y las del sable.

Un puñado de demagogos será impotente sin duda en el momento actual, ante el odio vigoroso que debe excitar toda tentativa facciosa en un país, que sabe bien cuan amargos y cuan sangrientos son los frutos de la anarquía; pero ¿quien nos asegura que mañana no encuentren el terreno mejor preparado, y que á fuerza de enconar y dividir los ánimos, no logren por otra parte despertar repugnancias contra esas mismas libertades políticas de que tan indignamente se abusa?

Esa manera pueril de entender los derechos políticos en países que deben esperar todo de la acción de sus gobiernos, y que deben considerarlos, no como adversarios sino como gefes y guías, puede bien hacer renacer el fanatismo liberal que á tantos excesos nos ha precipitado en otras épocas, y el pueblo falto de dirección y de rumbo quedará como un bajel sin piloto á la merced de los vientos y de las tempestades.

La gran causa de la América del Sud, y de la república argentina que está en ella, es la causa del orden. Esa causa necesita como todas para triunfar, de un general en gefe práctico y hábil. Rehabilitemos el principio de la autoridad; sin ella el orden perece, y ninguna libertad queda con vida donde el orden no existe. El orden es la fuente única de todos los progresos, es la estrella que nos guía en la ruta, y el fanal que alumbra el puerto. El que pretende navegar fuera de sus aguas encalla en el banco de la impotencia, cuando no del naufragio.

Inclinémonos delante de la autoridad, que es el piloto que nos señala los escollos en que el orden puede perderse; inclinémonos no de rodillas y con frente ser-

vil, pero si respetuosamente cual conviene á hombres verdaderamente libres. Formemos los buenos, los argentinos honrados un baluarte contra las facciones en torno de nuestra autoridad, puesto que la autoridad está hoy representada entre nosotros por un general que ha roto las cadenas que tanto nos humillaban, y por un venerable anciano, lleno de probidad y de saber; por un anciano cuyas palabras sirvieron en otra época de texto al entusiasmo generoso de nuestros padres, que ha atravesado los tristes años de la tiranía, y sabe bien cuales son las condiciones, y cuales las virtudes que reclama de todos sus hijos la patria cubierta no ha mucho, de heridas y de baldon.

Muchas voces mas elocuentes que la mia habrán saludado en esto dia á ese noble patriota; yo uno á ellas la mia desde Europa y le envio desde aquí mis votos y mis simpatias, seguro de que serán acogidas como las de un hombre que no está habituado á hacer uso del incensario de la adulacion.

En cuanto al general Urquiza, diré con entera franqueza que he trepidado en nombrarle en algun escrito que he mandado á Buenos Aires despues de la caída de Rosas, por dos motivos: el primero, porque no le conocia, y esperaba algun documento que revelara á los argentinos libertados por él sus designios, sus convicciones, su alma en una palabra; respecto al poder de su brazo nos habia ya dado una prueba brillante en el campo de Moron. El otro motivo era este: en la época calamitosa de Rosas, los argentinos se han habituado por desgracia á tributar al que manda homenajes, que es inútil calificar, puesto que á todos no conviene y que de todos exige la patria el olvido de lo pasado. Yo soy un amigo decidido de la buena autoridad; resuelto con todo igualmente á no hacerla ni la corte ni la guerra, como decia M. de Montalembert en la tribuna francesa el año pasado, no querria confundir mis palabras con las adulaciones vulgares.

En cuanto á mis dudas, diré mas bien con toda ingenuidad; en cuanto á mis temores, la proclama del 17 de Marzo los ha disipado todos. En esa proclama el general Urquiza nos aconseja á los argentinos estas tres

cosas: el olvido de lo pasado, el perdón de las ofensas y el uso moderado de la libertad.

Un general revestido de más poder que el del tirano que puso en tierra, merece ciertamente ser escuchado con no menos gratitud que respeto al darnos semejantes consejos; y el tono modesto que respiran los renglones de ese documento ha llamado mi atención. ¿Quién con más derecho puede decirnos el uso que debemos hacer de nuestra libertad, que aquel que nos la ha restituido?

¿Olvidar lo pasado! Ay!... Si no fuera la política la que nos impusiera ese deber, el pudor, la decencia, el respeto de nosotros mismos debiera recordárnoslo. ¿Existe algún argentino tan mal nacido que quisiera hacer alarde por las calles de las faltas, de los extravíos de su propia madre? Pues olvidar lo pasado, es olvidar, es cubrir con un denso velo los vicios y los crímenes de la patria, que es nuestra madre común. ¿De qué hablaríamos? ¿De los degüellos? Pero puesto que ese verbo sería conjugado por las recriminaciones mútuas en todas sus personas, ¿no vale más no conjugarlo en ninguna? ¿Haríamos la vergonzosa estadística de los crímenes de unos y otros, sumaríamos y restaríamos para ver á quien le tocaba la ventaja? Pero veamos, por Dios, que sea que de un lado esté la menor y de otro la mayor cantidad, y aunque algún partido no tuviera contra sí ningún cargo sangriento, al fin la suma total es la patria la que tendría que pagarla, es la madre común.

Olvidemos, sí; á los más puros es á los que toca ser más generosos. Que cada uno arregle su cuenta con Dios y con su propia conciencia, vale más que liquidarlas á la luz del día. Suspendamos si es necesario el hacha de la justicia respecto de lo pasado; que la justicia empiece severa desde el 3 de Febrero. Yo no concibo que haya argentinos que pidan un poco más de sangre. Basta ya, por Dios, basta de barbarie; y puesto que hemos sido víctimas de grandes crímenes, comprendamos que ha llegado para nosotros la época de las grandes virtudes, y si es preciso, de las virtudes magnánimas.

El noble general Lavalle, durante la guerra, cuando más encendidas estaban las pasiones de la lucha civil, supo desatender los consejos de los que pedían represalias, y recibía en sus brazos y en su mesa á los vencidos. Suponed que el general Urquiza en los azares del combate hubiera sido prisionero, como el general Garzón, de aquel virtuoso soldado de Río Bamba, y que las represalias hubieran sentado á ambos en el patíbulo, ¿Sabeis qué cabezas habrían caído entonces?—¿Las de los dos futuros libertadores de las repúblicas del Plata!

Dios no es ingrato; sabe pagar en buena moneda las virtudes humanas; y ya veis como pone su mano para rehabilitarlos y engrandecerlos, sobre aquellos á quienes perdona el odio de las venganzas.

La cólera de Dios no se aplaca con sangre, y los restos de las más ilustres víctimas de la tiranía no reposarán en paz más profunda, porque virtamos la de sus verdugos sobre la tierra que los cubre en su tumba.

Puesto que somos cristianos, meditemos y practiquemos estas profundas palabras de un gran escritor español: “El que se sintiere lastimado de la pasión de la venganza contra su prójimo, que le ofendió, piense que ese prójimo suyo, tal cual es, por vilísimo que sea, es criatura de Dios, y no como el bruto sino hijo que le costó su preciosísima sangre; y que por amor de este comun Señor es obligado á hacer todo lo posible, y que si en el hombre que le ofendió no hay razones para ser perdonado, que en Dios hallará muchas para perdonar por él.”

Yo soy cristiano. Mi gratitud por la victoria de Morón no se detiene en el general Urquiza; remonta hasta Dios, pues es imposible que aparezca en los acontecimientos humanos más visible la mano de la providencia de Dios, que lo ha estado en los que han producido tan grandioso resultado. Y la virtud sola es agradecimiento digno del dispensador de todos los favores.

Olvidar pues lo pasado y perdonar á los caídos, es la única política que conviene á los que se precian de ser argentinos. Hartas ruinas hay que levantar, y

no son tan abundantes los brazos para que fijemos esa línea de separacion entre unos y otros, y olvidemos que nacimos hermanos y que los argentinos todos son criaturas de Dios. Confío en que el Sol de Mayo habrá influido saludablemente en nuestros ánimos y habrá pacificado la atmósfera moral en que vivimos; y el voto mas íntimo que parte de mi alma en este día, es en favor de la union y de la concordia.

En cuanto á los consejos del general Urquiza en apoyo de la libertad moderada, ellos están de acuerdo con los principios que he profesado constantemente, y que me creo en el deber de propagar en mi país, como lo he hecho en otros países vecinos. La libertad inmoderada en la situación nuestra y de la América del Sud, es agente de inevitable anarquía, y la anarquía no es infecunda, su hijo natural y legítimo es la tiranía. Así, combatir la licencia entre nosotros, es precavernos contra nuevos Rosas.

Los intereses generales no reclaman la libertad inmoderada; lo que piden y necesitan es tranquilidad y seguridad, para el presente y el porvenir. Toda esa actividad febril, esa agitacion permanente, esa gritería de escritores sin fé ni ley, perjudican notablemente á los progresos materiales y morales del país, y á su prosperidad real.

Moderacion y orden, debe ser nuestra divisa, nuestro grito constante; y si tenemos la virtud de buscarlas al pié de la cruz, de donde salen los rayos de la verdadera luz, las inspiraciones del patriotismo mas acendrados y los grandes bienes para el individuo como para los Estados, entonces la libertad política empezará á levantarse tambien, la conciencia pública se ilustrará, los jóvenes se prepararán por el trabajo y la paciencia á valer lo que han valido Varela y todos esos argentinos distinguidos que honran al país por sus talentos y las bellas prendas del alma.

Entretanto, séame permitido brindar tambien desde Paris por el general Urquiza y por el Dr. D. Vicente Lopez; por la union íntima y fraternal de los hombres de espada y de los de ciencia, por la armonía mas perfecta entre los habitantes de nuestras

ciudades y los de las campañas, entre la provincia de Buenos Aires y todas las otras, y por la subordinacion de todos á las leyes de la Justicia Divina. Los colores de nuestra bandera son los colores del cielo, y á él es preciso levantar la vista si queremos aprender á practicar la libertad en la tierra.

Un brindis semejante en 1810 me habria costado seis años de destierro. En un decreto de la Junta de esa época, que por fortuna no está vijente, leo estas palabras—

“Art. 1.º No se podrá brindar sino por la Patria, por sus derechos, por la gloria de nuestras armas, y por objetos jenerales concernientes á la felicidad pública.”

“Art. 10. Toda persona que brindase por algun individuo de la Junta será desterrado por seis años.”

Los que eso decretaban en Diciembre del año 10, no habian tocado como nosotros las consecuencias de la revolucion que fundaban, no tenian nuestra experiencia. Nosotros, los hijos de esos hombres respetables, y cuyos errores explica el tiempo y las necesidades de su posicion, nosotros sabemos que no solo no podemos prescindir de las reputaciones, sino que nos importa realzarlas, á fin de que ciertos nombres populares sean el escudo y la garantia de los bienes sociales que apetecemos.

En las sociedades nuevas, como las nuestras, las reputaciones personales hieren mas vivamente los ojos del mayor número que los grandes principios; los hombres son poderosos, porque las instituciones no hallan ecos inteligentes en las costumbres.

Brindar por esos individuos, cuyos hechos y cuya capacidad han encumbrado sus nombres, no es ofender á la Patria ni los principios liberales; es por el contrario tributar el homenaje debido á personas respetables y revestidas del crédito suficiente para hacer respetable tambien la autoridad que ejercen.

El tiempo y la civilizacion, si es que permitimos que empiece á desarrollarse, harán que un día no haya entre nosotros hombres necesarios. Esa época no ha llegado aun, y sabemos, por desgracia, todo lo que ga-

naríamos si la República Oriental no hubiera perdido al Jeneral Garzon, y la nuestra á Varela.

Seamos, pues, respetuosos de nuestras reputaciones, si queremos ser gobernables; y sepamos en nuestra admiracion por nuestros padres distinguir los principios que merecen ser continuados, de los que no pueden servinos, sino para incurrir en las faltas pasadas y en los mismos castigos. Asi fecundaremos la tradicion de Mayo, y resolveremos el dificil problema de hermanar en nuestro pais el orden con la libertad. Entonces volverá el 25 de Mayo todos los años á visitar hijos de Dios, dignos de habitar aquella rejion encantadora bajo un cielo propicio á nuestros votos, y á nuestras esperanzas.

Felix Frias.

PARIS, Mayo de 1852.



Sus L. Dominguez

53